

Romanones ha escrito unas Memorias de su vida

Y HABLA DE ELLAS A LOS LECTORES DE «ESTAMPA»

Por la información publicada en *El Debate* sobre el particular, me entero al mismo tiempo de dos cosas: de que el Conde de Romanones acaba de publicar un libro y de que la Censura permite hablar de ello en la Prensa. Busco la obra: *Notas de una vida* (1868-1901). Tomo primero, un in 4.º, de 284 páginas y treinta y un grabados dentro del texto; la leo, con avidez y sin fatiga, de una sentada. Está escrita con la agilidad amena de un buen estilo periodístico.

Cuando, a las once de la mañana, llego a su palacio, las puertas de cuyo jardín están de par en par abiertas, y le sorprende sentado en un banco, a la sombra, solitario y sin custodia, tomando notas a lápiz en unas cuartillas—en plena evocación de recuerdos ministeriales para el segundo tomo de su *Vida*—; y le interrogo, no como al político, sino como al escritor que acaba de lanzar un aobra, máxima actualidad literaria del momento. El Conde de Romanones contesta, naturalmente afable, a mis preguntas. Eludiré éstas en gracias a la brevedad del espacio, la inteligencia del lector y la claridad de las respuestas. Las Tres Gracias de esta interviú.

PROFESIONALES Y NEUTROS EN POLÍTICA

—Sí, eso es lo más interesante de mi libro: la sinceridad. Por lo menos, el deseo de servirla. Ya lo digo en el prólogo: «Escribo estas páginas queriendo ser sincero». Creo que lo he sido enormemente porque estoy en la edad de ello. Después de haberlo sido todo y ya viejo, ¿qué puede importarme más que la verdad? Además, un libro dedicado a mis nietos—a quienes me gustaría ver seguir la vocación política y, si es posible que fuesen como yo liberales—y escrito con el pensamiento en mi país, tenía que ser sincero, para que mis observaciones y experiencias, lealmente transcritas, contribuyan a evitar a mi descendencia y a mis compatriotas el tropiezo «donde yo unas veces resbalé y otras caí», como habrá usted leído.

—Exacto. Estas memorias mías son preferentemente políticas. La política ha sido, es y será toda mi vida. Y sus actividades han absorbido mi existencia entera durante más de cuarenta años. Lo digo sin rubor, con orgullo. No hay profesión más noble. Y... si me molestan los neutros, odio a los profesionales que buscan el arrimo de la política para el medro de sus egoísmos personales.

EL POLÍTICO PASA, EL ESCRITOR QUEDA

—Todos los estadistas, cuantos tuvimos en nuestras manos, inspirados o torpes, la gobernación de un pueblo, deberíamos escribir nuestras memorias. La historia que redactan los historiadores, con ser interesante y espectacular, no tiene en sí la verdadera semilla, el germen de los acontecimientos. El político, por otra parte, pasa, como su labor que vive lo que él.

—No. En este primer tomo no están mis principales secretos de la historia contemporánea de España.

Esos... irán en los tomos siguientes. En el segundo, que abarca los años en que desempeñé seis ministerios distintos, y en el tercero, «el presidencial», relativo al período en que fui tres veces jefe de Gobierno, una presidente del Congreso y otra del Senado, hasta que en éste me sorprendió el 13 de septiembre de 1923.

—Sí; quizá me lance luego a enjaretar el cuarto tomo. Pero antes tengo que ver en qué termina el período que debe abarcar en mi autobiografía...

PINTOR. — ESTUDIANTE. — LA VOCACIÓN. — LA COJERA

—No, no le acepto a usted eso de que yo en mi infancia, como en la edad adulta, haya sido típicamente «un travieso». Mi infancia fué estudiosa y voluntariosa, que no es lo mismo. Ni me rompí la pierna, como



El conde de Romanones con nuestro colaborador Juan G. Olmedilla.

(Foto Zapata.)

cuentan por ahí, al saltar un día la tapia del colegio para escaparme. Sólo me peleaba con mis condiscípulos por ganar el primer puesto en clase. La cojera fué consecuencia, no inmediata, de un vuelco. Volví de paseo en un faetón guiado por mi padre, ya de noche. No vió una zanja y dimos en ella.

—¿Una definición? Oiga usted este párrafo de mi libro: «Aficionado en política es quien sólo dedica a ella el tiempo sobrante de sus otros quehaceres y quien la sigue sin convicciones». Ya ve usted yo. Iba para pintor y hasta tuve un estudio. Mis padres, encantados. Pero un día sentí la vocación política y me hice abogado, dando de lado a pinceles y caballete. Me subyugaba el Derecho Político, tal vez porque tuve la suerte de que me lo explicara Santamaría de Paredes. Y de la Música, mi naturaleza es poco sensible a ella como a todo lo abstracto, solamente me ha conmovido —lo confieso, aunque esté un poco anticuado— el Himno de Riego. ¡Todavía hace vibrar mi alma!

LOS COMUNEROS DE CASTILLA. — PERIODISTA, DRAMATURGO, REJONEADOR

—¿Que soy un político castizo? ¡Y tanto! El liberalismo me viene de casta: un antepasado de mi madre, el Marqués de Villamejor, Señor de la Villa de

Romanones, hizo causa común con los Comuneros de Castilla, y por ello sufrió persecución y confiscación de sus bienes.

—Sí; además de periodista he sido dramaturgo, y bien malo, en mi mocedad. Yo soy el autor de *Vida alegre y muerte triste*. No. La obra de Echegaray, de igual título, es posterior en bastantes años a la que yo escribiera; sino que tuve la fortuna de no empeñarme nunca en estrenar la mía. También habrá usted visto en mi libro que he sido, bien que sólo por una vez, rejoneador de toros.

UNA LECCIÓN DE TOREO POLÍTICO

—Completamente sincera asimismo, esa declaración. De tener sanos «los remos», acaso mi afición favorita hubiera sido torear. El toreo es pelea y para mí la vida no tuvo nunca mayor atracción que la lucha... También se torea en política; ella a su vez es combate constante y a muerte, y en ella, en definitiva, como en la plaza, el supremo juzgador lo es el pueblo soberano. En la plaza y en el Parlamento existe igual emulación entre los primeros espadas; igual sed de aplausos, las mismas envidias y soberbias, la misma pugna de los jóvenes queriendo desplazar a los viejos, idéntico choque entre la escuela antigua y la moderna...

—A fortiori, siempre a fortiori. Si yo hubiera sido torero, no me habría cortado nunca voluntariamente la coleta. Habría muerto, de una cornada, en mitad del ruedo, o de puro viejo, dirigiendo la lidia si me dejaban, con los consejos de mi larga experiencia. Por eso, si no tuviera otro valor para mí este libro, tendría siempre el de haberme entretenido en mis ocios. Yo, tan activo, no puedo estar sin hacer nada.

LA INTIMIDAD DEL ESCRITOR

—Escribo por la mañana, muy temprano. Sigo siendo un gran madrugador. Con mi letra absurda, que sólo yo entiendo, voy trazando en estos cuadernos las notas esquemáticas de mi obra. Después, junto al mecanógrafo, le dicto, guión en mano. Y todavía corrijo en el texto a máquina, que vuelvo a dictarlo otra vez.

Mientras el Conde de Romanones me habla, nos hemos trasladado a su despacho. Un criado le entra una taza de caldo y una ancha copa de jerez. Suena, atronando la señorial estancia, una sirena pertinaz.

Don Alvaro, jovialmente enfurecido, protesta: —¡Ese don Torcuato!... ¡Esa sirenita del A*B C!... Que quieras que no, me tengo que enterar todos los días de que han dado las doce.

Cuando el Conde ha sorbido el tente-en-pie, la sirena cesa de sonar. Entra Salvatella. Entra un señor francés que habla con Romanones de cuadros de mérito, del Embajador, etc... Debe de ser alguien que propone al Director de la Academia de Bellas Artes la adquisición de un lienzo de alto precio... La interviú toca a su fin.

JUAN G. OLMEDILLA